

turba se desbandó por mil calles divergentes, que cual otras tantas venas y arterias, llevan la vida á todas las extremidades de la capital : al poco rato todo aquel bullicio y estrépito se redujo á un sordo murmullo, y este murmullo se apagó poco á poco. Una hora después todo era silencio y obscuridad ; oíase solo el vago y sordo rumor que se compone de esos sonidos nocturnos indefinibles que parecen la respiración de un gigante profundamente dormido.

Nos hemos detenido tanto en la entrada de la reina Isabel en la ciudad de París, con los personajes que la acompañaban y con las fiestas con que fué recibida no sólo para dar conocimiento á nuestros lectores de los usos y costumbres de aquel tiempo, sino también para manifestarle cuál fué el origen de los amores funestos y de aquellos rencores mortales, que habiendo nacido aquel día alrededor del trono, tímidos y débiles cual lo son los ríos en sus manantiales, los veremos ahora agitarse con todos los vientos, engrandecerse con todas las tempestades, y fatales atravesar la Francia, donde dejarán profundas huellas asolando con su desencadenamiento todo un reinado.

II.

Odetta.

No hay romancero historiador que haya dejado de hacer su amplificación metafísica sobre las causas mínimas y los grandes efectos ; es imposible sondear las profundidades de la historia y los dobleces del corazón sin quedarse aterrado al ver cuán fácilmente el menor accidente, que en un principio pasó sin que nadie sospechase su existencia en medio de la de otros infinitos acontecimientos de poca monta que componen la vida, puede al cabo de cierto tiempo llegar á ser una catástrofe hasta para un imperio ; así que, el estudio más interesante del poeta y del filósofo es penetrar en uno de esos grandes acontecimientos que la historia nos presenta como el cráter de un volcán apagado, y siguiendo todas sus ramificaciones, subir hasta su origen. No puede negarse que aquellos cuyo genio les induce á practicar semejantes investigaciones, y que en efecto se entregan á ellas por largo tiempo y con extremada afición, se exponen á cambiar,

sin que ellos lo perciban, sus antiguas ideas por otras nuevas; y á medida que marchan guiados por la antorcha de la ciencia ó la estrella de la fe, se convierten en ateos si eran religiosos, ó por el contrario, en religiosos si eran ateos; porque en el encadenamiento de las circunstancias creen ver unos la mano inteligente de Dios, al paso que otros no reconocen más inteligencia que la casualidad. Los unos dicen como Foscolo *fatalidad*, y los otros como Silvio Pellico *providencia*, y todos han pronunciado dos palabras que tienen sus equivalentes exactos en nuestra lengua: *resignación y desesperación*.

El desprecio con que han tratado nuestros historiadores estos detalles y curiosas investigaciones, es una de las cosas que han hecho tan árida y fatigante la lectura de la historia (1). Lo más interesante de la organización humana son los músculos, que recibiendo de ella la fuerza y combinación, hacen circular en las venas la sangre por todas partes.

Tal vez incurriremos, por huir de la crítica que queremos evitar, en el extremo opuesto; pero esto dependerá de la convicción en que estamos, de que

(1) Adviértase que de ningún modo están comprendidos en estos ataques Guizot, Chateaubriand y Thiers.

así como en la organización material de la naturaleza, en la existencia moral del hombre, en la sucesión de los seres y en los acontecimientos de la vida nada está fuera de su sitio, ningún escalón de la escalera de Jacob está roto; y así como cada especie tiene su lazo, así también cada cosa tiene su precedente.

En cuanto esté de nuestra parte, jamás dejaremos que se rompa el lazo que une los pequeños acontecimientos á las grandes catástrofes; de este modo nuestros lectores podrán recorrer, con solo seguirle, las mil encrucijadas del jardín de Dédalo. Este exordio nos ha parecido muy necesario al principio de este capítulo, pues sin él podría parecer enteramente extraño al que acabamos de escribir y sin ninguna relación con los siguientes: es cierto que pronto saldrían de su error los que así no juzgasen, pero cedemos á una especie de temor que nos inspira la experiencia y que nos hace temer el ser juzgado teniendo á la vista sola una parte, sin esperar á formar juicio por el todo y conjunto de la obra. Supuesta esta explicación volveremos á nuestro propósito.

Si el lector no teme arriesgarse con nosotros en las calles de París, de que le hemos hablado en el capítulo precedente, tan desiertas y tan oscuras,

le trasportaremos á un ángulo de la calle Coquillièrre y de la de Séjour : apenas habremos llegado á ella, veremos salir de una puerta secreta del palacio de Turena, que después pasó á la familia de Orleans, un hombre bien embozado en una de esas sopalandas, cuya capucha se calaba hasta los ojos cuando el que la llevaba quería ocultar que le conocieran. Después de haberse parado este hombre para contar las diez que estaban dando en el macizo reloj del Louvre, cree sin duda que la hora no ofrece la mayor seguridad, y para que no le cojan desprevenido desenvaina la espada, y después de haberla hecho formar un arco apoyando la punta en el suelo, como para asegurarse de su buen temple, echó á andar con la mayor indiferencia del mundo, satisfecho sin duda del examen que acaba de hacer; acompañaba sus pasos haciendo saltar miles de chispas del empedrado con la punta del acero, y cantando á media voz una antigua canción del castellano de Coucy.

Sigámoslo por la calle de los Etuves, pero sin correr, porque se va á parar al pie de la cruz del Trahoir para rezar; levantándose después, vuelve á entonar su canción y se dirige por la ancha calle de Saint-Honoré, y á medida que se va acercando á la de la Ferronnerie, baja la voz; así que llega

á ella, cesa de cantar enteramente y se desliza con el mayor silencio siguiendo la pared del cementerio de los Santos Inocentes hasta los dos tercios de su extensión; de repente, pasando la calle con la mayor rapidez y en línea recta, se para al lado de una portezuela, donde da tres golpes por lo bajo: según toda la apariencia, le están esperando, porque á pesar de lo ligero que fueron los golpes respondieron al momento, preguntando: ¿sois vos, maese Luis? Oída la respuesta afirmativa, abrieron dulcemente la puerta, que se cerró detrás del desconocido.

El personaje que hemos visto venir y oído nombrar Luis, se para, envaina la espada, y echando en el brazo de su introductora la especie de capote con mangas, se queda en un traje sencillo, pero elegante. Este traje que era el que usaban los escuderos en las casas ilustres, se componía de toquilla de terciopelo negro y de una ropilla de la misma tela y color, abierta desde los puños hasta los hombros para dejar ver una ancha manga de cendalo verde; un pantalón ajustado de tela, color violeta, completaba el traje; en uno de los muslos de este pantalón se veía bordado un escudo con tres flores de lis de oro y una corona ducal.

Cuando se quedó Maese Luis desembarazado de

la capa, á pesar de que no tenía espejo y estaba á obscuras, consagró un ligero instante á arreglar su traje y peinado; de manera que después de haber estirado las aldillas de su ropilla para que no hiciera arrugas en su esbelto talle, y después de haberse asegurado que sus hermosos y rubios cabellos caían bien tersos y cuadrados sobre sus hombros, dijo con voz llena de amabilidad:

— Buenas noches, comadre Juana; no me habéis hecho esperar, tantas gracias. ¿Qué hace vuestra linda ama?

— Os está esperando.

— Pues ya me tiene aquí. En su chirivivil, ¿no es verdad?

— Sí, señor.

— ¿Su padre?

— Acostado.

— Tanto mejor.

En este momento la punta de su daga tropezó con el primer escalón de caracol que conducía á los últimos pisos de la casa, y aunque nada se veía, subió, con el desembarazo y ligereza familiares al que conoce bien el terreno. Al llegar al segundo piso vió pasar un rayo de luz por la rendija de la puerta: se acercó con el mayor cuidado, y le bastó empujarla con la mano para encontrarse

en medio de un cuarto, cuyos muebles parecían pertenecer á una persona de la clase media: el desconocido había entrado de puntillas sin ser oído. Tuvo, pues, tiempo para considerar el hermoso cuadro que se presentaba á su vista.

Al lado de una cama de columnas torneadas y colgada de damasco verde, veíase una joven arrojada en un reclinatorio; tenía puesto un vestido blanco, cuyas largas mangas, pendientes hasta el suelo, dejaban ver desde el codo dos lindísimos brazos, que terminaban en dos más lindísimas manos, sobre las cuales descansaba en este momento la cabeza; sus largos cabellos rubios, que caían por sus hombros siguiendo las ondulaciones de su talle, parecían cubrirla con una red de oro. Era tan sencillo, tenía un no sé que de celestial este traje, que ciegamente se hubiera creído que la persona que lo llevaba pertenecía á otro mundo; y á no ser por los sollozos sofocados que exhalaba, no hubiera nadie creído ver en ella una hija de la tierra nacida de mujer y hecha para sufrir.

Al oír estos sollozos, hizo un movimiento el desconocido: la joven se volvió, y al verla tan triste y pálida se quedó inmóvil.

Levantándose entonces la doncella, se dirigió lentamente hacia maese Luis, que atónito y silen-

cioso la contemplaba; algunos pasos antes de llegar á él se puso de rodillas.

— ¿Qué hacéis, Odetta? le dijo: ¿qué significa esa actitud?

— Significa, señor, respondió la joven meneando dulcemente la cabeza, que así es como debe presentarse una pobre muchacha como yo á un gran príncipe como vos.

— ¿Estáis soñando, Odetta?

— ¡Pluguiera al cielo que estuviese soñando, monseñor, y que al despertarme me encontrara cual yo vivía antes de veros, sin lágrimas en los ojos y sin amor en el corazón!

— Juraría que os habéis vuelto loca, ó por lo menos que os han dicho alguna solemne mentira. Vamos...

Al pronunciar estas palabras, pasó en torno del talle de la doncella su brazo y la levantó del suelo; mas ella se apartó.

— Os equivocáis, Odetta; habréis visto alguno que se parece á mí, y eso es todo.

— Así quiero creerlo, y tal vez lo hubiera creído; pero otro caballero se acercó á hablaros, y reconocí al que vino anteayer con vos, que le llamáis amigo, y que según dijisteis, está también al servicio del duque de Turena.

— ¿Pedro de Craón?

— Sí, ese es su nombre, creo... que me lo dijeron.

Guardó un momento de silencio, y luego continuó tristemente:

— No me visteis, monseñor, porque vuestras miradas se dirigían todas á la reina; no oísteis el grito que arrojé cuando caí desmayada y creí morir, porque solo escuchabais la voz de la reina... nada más natural... ¡es tan hermosa! ¡Ah!... ¡ah! ¡Dios mío! ¡Dios mío!

Á estas palabras el corazón de la infeliz joven se derritió en sollozos.

— Y bien, Odetta, dijo el duque, ¿qué importa que yo sea el que fuere, si el amor que te tengo no conoce límites?

— ¡Qué importa, monseñor, replicó Odetta arrancándose de sus brazos, qué importa! decís. No os comprendo.

Casi al mismo tiempo, y como fatigada de aquel esfuerzo, dejó caer la cabeza encima del pecho, pero sin apartar los ojos del duque.

— ¿Y qué hubiera sido de mí, añadió, si creyéndos mi igual, hubiese accedido á vuestras súplicas, con la esperanza de que seriais mi esposo, cuando así me lo prometisteis puesto de rodillas á

mis pies? Esta noche me hubiérais encontrado muerta. ¡ Oh ! pero muy pronto hubiera sido olvidada ; ¡ es tan hermosa la reina !...

— Verdad es, Odetta : cuando te dije que era un simple escudero, te engañé. Soy el duque de Turena.

Odetta lanzó un profundo suspiro.

— Pero, dime, ¿ no me amas más rico y brillante como me viste ayer, que sencillo y pobre como me ves ahora ?

— Yo, monseñor, no os amo.

— ¡ Cómo ! Tú me has dicho veinte veces...

— Yo amaría al escudero Luis, yo amaría al que es mi igual, y le amaría hasta el extremo de darle, con la sonrisa en los labios, mi sangre y mi vida ; también daría una y otra por servir al duque de Turena... Empero, ¿ de qué le servirían mi vida y mi sangre al noble marido de madama Valentina de Milán, al galán caballero de la reina Isabel de Baviera ?

El duque iba á responder, cuando en aquel momento entró la nodriza sumamente asustada.

— ¡ Oh ! ¡ pobre hija mía ! dijo dirigiéndose á Odetta ; ¿ qué quieren de vos ?

— ¿ Qué decís ? preguntó el duque.

— ¡ Oh, maese Luis ! vienen á buscar á la señorita.

— ¿ Y de donde ?

— De la corte.

El duque fijó los ojos en Odetta, frunció las cejas, y dijo :

— ¿ De la corte ? ¿ Sabrás quién la manda buscar ? ¿ Esto no será un secreto ? añadió mirando á Juana con desconfianza.

— Madama Valentina de Milán.

— ¿ Mi mujer ? exclamó el duque.

— ¡ Su mujer ! repitió Juana asustada.

— Sí, su mujer, dijo Odetta apoyando la mano en la espalda de su nodriza. Este caballero que aquí veis, es hermano del rey, está casado, y sonriéndose habrá dicho á su esposa : en la calle de la Ferronnerie, frente por frente del cementerio de los Santos Inocentes, vive una joven que me recibe todas las noches en su casa mientras que su anciano padre... ¡ Oh, es milagroso lo que ella me ama ! (Odetta se puso á reir amargamente.) Esto es lo que ha dicho, y su esposa sin duda querrá conocerme.

— ¡ Odetta ! interrumpió con violencia el duque, ¡ muera yo en este instante, si es cierto lo que dices ! Cien mil libras daría gustoso con tal que no hubiera sucedido nada de todo eso. ¡ Oh ! os juro que descubriré quién ha revelado nuestros secre-

tos; y ¡ desgraciado del que se haya burlado de mí!

Y dió algunos pasos hacia la puerta.

— ¡ Adónde vais, monseñor! dijo Odetta.

— Nadie más que yo tiene derecho para dar órdenes en el palacio de Turena; voy á mandar que se retiren al instante los que abajo se hallan.

— Sois dueño de hacer lo que os parezca, monseñor; pero esos hombres os conocerán, y dirán á madama Valentina que estáis aquí, lo que quizás ignora; me creerá más culpable de lo que soy, y no habrá entonces misericordia para mí.

— ¡ Pero no iréis al palacio de Turena?

— Es indispensable. Veré á madama Valentina, y si no tiene más que sospechas, se lo revelaré todo, me arrodillaré luego á sus pies y me perdonará. En cuanto á vos, monseñor, os perdonará también, y lo conseguiréis más fácilmente que yo.

— Haced lo que queráis, Odetta, dijo el duque; siempre tenéis razón y sois un ángel.

Odetta se sonrió tristemente, é hizo seña á Juana para que le diese un velo.

— ¡ Y cómo vais á palacio?

— Esos hombres traen una litera, respondió Juana colocando el velo en los hombros de su señora.

— Cuidaré de vos.

— Dios ha cuidado ya de mí, monseñor, y espero que en lo sucesivo me hará la gracia de no abandonarme.

Saludó al duque con respeto y dignidad, y bajando la escalera:

— Señores, dijo á los que la aguardaban: estoy á vuestras órdenes; conducidme donde queráis.

El duque permaneció un momento inmóvil y silencioso en el sitio en que Odetta le dejó: precipitándose luego fuera de la habitación, bajó con rapidez la escalera, se detuvo un instante á la puerta para ver qué dirección tomaban los hombres que conducían la litera, y la vió que avanzaba entre dos hachones hacia la calle de San Honorato. Sin perder momento se dirigió el duque por la de San Dionisio, dió la vuelta por la de Fers, y atravesando el Mercado, llegó al palacio de Turena, á tiempo que pudo divisar el cortejo al extremo de la calle de Etuves: cerciorado de que se había adelantado á él algunos minutos, entró entonces por la puerta falsa que le vimos salir, y atravesando su habitación, se dirigió á un gabinete que comunicaba con la alcoba de madama Valentina, á través de cuyas vidrieras podía ver cuanto pasaba en aquella pieza.

Madama Valentina estaba de pie, irritada é impaciente; al más leve ruido, dirigía sus miradas á la puerta de entrada, y sus hermosas cejas negras, que formaban un arco perfecto cuando estaba tranquilo su semblante, se contraían con violencia; por lo demás, llevaba un rico traje, que realizaba sobremanera su hermosura y sin embargo, de vez en cuando se colocaba enfrente de un espejo, estudiaba el modo de dar á su semblante aquella expresión de afabilidad que formaba el carácter principal de su fisonomía, y luego añadía algún adorno á su peinado, porque quería humillar á la mujer que había tenido la audacia de ser su rival, ora con la dignidad de su clase, ora con el esplendor de su hermosura.

Por fin oyó un ruido verdadero en la habitación que precedía á la suya; se detuvo á escuchar, y llevó una mano á su frente, mientras que con la otra buscaba un punto de apoyo en el agudo respaldo de un esculpido sillón, porque su vista se ofuscaba y sus rodillas temblaban. Abrióse la puerta, y apareció un criado anunciando que la joven que la duquesa deseaba ver, aguardaba el permiso para entrar: la duquesa hizo seña de que estaba pronta á recibirla.

Odetta había dejado su velo en la antesala, y se

presentó con aquel sencillo adorno que la hemos visto ya; tan solo había hecho una trenza de su larga caballera, y como no había encontrado en la litera con qué sujetarla, se desprendía de su cabeza y bajaba hasta sus rodillas. Se detuvo á la puerta, que se cerró detrás de ella.

Inmóvil y muda se quedó la duquesa delante de aquella pura y blanca aparición, admirándose al encontrar tan modesta y tan honrada á aquella joven, de la que sin duda había formado otra idea muy diferente. Conoció, en fin, que debía ser la primera que hablase, porque era la única que en aquella escena estaba confusa.

— Acercaos, le dijo con voz conmovida.

Odetta se adelantó con los ojos bajos, pero apacible la frente, y cuando llegó á tres pasos de la duquesa, puso una rodilla en tierra.

— ¿Sois vos, continuó madama Valentina, la que queréis arrebatarme el amor de monseñor, y que creéis después de esto que con arrodillaros habéis hecho ya lo suficiente para que os perdone?

Odetta se levantó con viveza, y un rubor ardiente coloreó sus mejillas.

— Me he arrodillado, señora, dijo, no para que me perdonéis, porque gracias al cielo, nunca os ofendí; me he arrodillado, porque sois una prin-

cesa y yo una joven del pueblo. Pero ahora que he tributado este homenaje á vuestra elevada clase, os hablaré de pie; puede preguntarme V. A., que estoy pronta á contestar.

Madama Valentina no aguardaba aquella tranquilidad; conoció que el candor era lo único que podía sostenerla, ó el descaro lo único que podía imitarla. Vió aquellos hermosos ojos azules tan interesantes y tan transparentes, que parecían estar colocados para que por ellos se viese el fondo del corazón, y conoció que aquel corazón debía ser puro como el de la Virgen. La duquesa de Turena tenía muy buen alma; así que desapareció el primer momento de celos que le había obligado á obrar y á hablar, alargó la mano á Odetta y le dijo con una amabilidad de voz indefinible:

— Acercaos.

Este cambio en el tono y en las maneras de la duquesa, causó una súbita revolución en la pobre muchacha. Iba prevenida contra la cólera y no contra la indulgencia. Se apoderó de una mano de la duquesa y selló en ella sus labios.

— ¡Oh! dijo sollozando, ¡oh! os juro que no tengo la culpa. Fué á casa de mi padre como simple escudero del duque de Turena, y con el pretexto de comprar unos caballos para su amo.

¡Le vi! ¡le vi! ¡es tan hermoso! Le miré sin desconfianza: le creía mi igual. Se acercó á mí y me habló; nunca había oído una voz tan agradable, sino en mis sueños infantiles, en aquella época en que los ángeles bajaban á custodiar mi lecho. Ignoraba que estuviera casado, que fuese duque, que fuese príncipe. Si hubiese sabido que era vuestro esposo, señora, si os hubiese conocido tan bella y tan poderosa como sois, hubiera adivinado al instante que se burlaba de mí. En fin... él no me ha amado, y... y yo ya no le amo.

— ¡Pobre muchacha! dijo Valentina mirándola: ¡pobre muchacha, que cree que la amaron una vez y que la olvidan!

— No he dicho que le olvidaría, respondió tristemente Odetta, he dicho que dejaría de amarle; porque solo es permitido amar á su igual, porque solo es permitido amar al hombre que nos puede dar el título de esposa. ¡Oh! ayer, ayer, cuando le ví vestido de oro en aquel magnífico cortejo, cuando reconocí á Luis, que creía mío, en Luis, duque de Turena, ¡oh! os lo juro, creí que me habían maldecido y que me engañaban mis ojos. Habló, y por escucharle no respiraba ni vivía, Era su voz y hablaba á la reina. ¡Oh! ¡la reina!

Odetta se puso á temblar convulsivamente, y la palidez asomó en el semblante de la duquesa.

— Pues qué, ¿ no aborrecéis á la reina ? añadió Odetta con una expresión de dolor que no puede describirse.

Madama Valentina puso vivamente su blanca mano en la boca de la hermosa joven.

— ¡ Silencio, muchacha ! le dijo, Isabel es nuestra soberana : Dios nos la ha dado por señora, y debemos amarla.

— Así me contestó mi padre, añadió Odetta, cuando entré moribunda y le dije que no amaba á la reina.

La duquesa clavó los ojos en Odetta, expresando suma complacencia y más bondad. En aquel momento levantó los suyos la joven. Las miradas de las dos mujeres se encontraron : la duquesa abrió los brazos, y Odetta se precipitó á sus pies y besó sus rodillas.

— Ya nada tengo que deciros, respondió madama Valentina... prometedme tan solo que no volveréis á verle.

— Por mi desgracia, no puedo prometéroslo, señora, porque el duque es rico y poderoso. Si me quedo en París, puede penetrar hasta mí ; si me alejo, puede seguirme ; así no me es dado prome-

teros que no volveré á verle, pero puedo juraros que moriré, si vuelvo á verle y vos lo exigís.

— Sois un ángel, dijo la duquesa, y espero ser feliz en este mundo, si me prometéis rogar á Dios por mí.

— ¡ Rogar á Dios por vos, señora ! No sois una de aquellas princesas afortunadas que tienen una hada por madrina ; sois joven, bella, poderosa, y os es permitido amarle.

— En ese caso rogad á Dios para que me ame.

— Procuraré hacerlo, dijo Odetta.

La duquesa tomó un silbato de plata que estaba encima de una mesa, y silbó.

El mismo criado que anunció á Odetta abrió la puerta.

— Acompañad á esta joven á su casa, dijo la duquesa, y cuidad de que no le suceda ningún contratiempo. Odetta, añadió, si alguna vez necesitáis ayuda, protección, ó socorro, acordaos de mí y venid á buscarme.

Y le dió la mano como á una hermana.

— Poco necesitaré en lo sucesivo, señora ; pero estad bien persuadida de que no será preciso que os necesite para que me acuerde de vos.

É inclinándose delante de la duquesa, salió.

1.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALEJANDRO REYES"

1940. 1925 MONTERREY, MÉXICO

Luego que se quedó sola Valentina, se sentó y cayó en una profunda meditación. Algunos minutos hacía que estaba toda entregada á sus pensamientos, cuando se abrió con mucho tiento la puerta del gabinete. El duque entró sin ser oído, y acercándose á su mujer de modo que no le viese, fué á apoyarse en el respaldo del sillón en que estaba sentada. Al cabo de un instante, viendo que no notaba su presencia, se quitó un collar de magníficas perlas, y suspendiéndole encima de la cabeza de la duquesa, le dejó caer sobre su espalda. Valentina dió un grito, y levantando la cabeza reparó en el duque.

La mirada que le dirigió fué rápida y profunda; pero el duque estaba preparado para aquella investigación, y la sostuvo con la tranquila sonrisa de un hombre que ignoraba cuanto acababa de suceder. Hizo más; cuando la duquesa bajó la frente, le pasó la mano al cuello, y levantándola la cabeza se la inclinó suavemente hacia atrás, obligándola á que le mirase otra vez.

— ¿Qué queréis de mí, monseñor? dijo Valentina.

— Verdaderamente es una vergüenza para Oriente, dijo el duque tomando entre sus dedos la cadena que acababa de dar á su mujer, y separán-

dole los labios con las perlas: el rey de Hungría, Segismundo de Luxemburgo, me ha enviado este collar como si fuera una maravilla; cree hacerme un regalo de emperador, como si no tuviera yo perlas más blancas y más preciosas que las suyas.

Valentina suspiró, y el duque fingió que no lo había notado.

— ¡Sabéis, continuó el duque, que no he visto nada que se os pueda comparar, y que soy feliz con poseer un tesoro tan grande de hermosura? Hace algunos días que mi tío el de Berry me ponderó sobremanera los ojos de la reina, que nunca me habían llamado la atención, y ayer me aproveché del puesto que ocupaba á su lado para examinarlos á mi placer.

— ¡Á qué viene eso? dijo Valentina.

— Me explicaré. Recuerdo haber visto dos, no sé dónde, que podrían sostener ventajosamente la comparación con los suyos. Miradme, ¡ah! sí: los vi en Milán, en el palacio del duque de Galéas; brillaban bajo las dos cejas negras más hermosas que el mejor pincel pudiera trazar en la cara de una italiana; pertenecían á una tal Valentina, que casó luego no sé con qué duque de Turena: lo que que sí es preciso confesar, que el esposo no merecía tanta dicha.

— ¿Y creéis que haya apreciado esa dicha en su justo valor? dijo Valentina dirigiéndole una triste mirada llena de amor.

El duque cogió la mano de Valentina, que ésta trató de retirar, la sujetó entre las suyas y la colocó sobre su corazón, y sacando una preciosa sortija de su dedo, la pasó al de su esposa.

— ¿Qué significa esta sortija? dijo Valentina.

— Es una alhaja que os pertenece de derecho, porque me la habéis hecho ganar. Preciso es que os cuente cómo.

El duque dejó el puesto que ocupaba detrás del asiento de su esposa, se sentó en un taburete á sus pies y apoyó los codos en el brazo del sillón.

— Sí, me la habéis hecho ganar, repitió, y al señor de Coucy.

— ¿Y cómo ha sido?

— Lo sabréis, y os aconsejo que le guardéis rencor, porque pretendía haber visto dos manos, cuando menos tan hermosas como las vuestras.

— ¿Y dónde las había visto?

— Al ir á comprar un palafrén, en la calle de la Ferronnerie.

— ¿Y á quién?

— A la hija de un chalán. Ya conoceréis que

yo negué la posibilidad de semejante tontería: él por obstinación sostuvo lo que me había dicho, y me apostó esa sortija contra este collar de perlas á que era cierto. (Valentina miraba al duque como para leer en el fondo de su alma.) Entonces me disfracé de escudero con objeto de ver aquella maravilla, y fui á casa del anciano de Champs-Divers á comprar á un precio bárbaro los dos caballos peores que jamás ha montado caballero que ciñe corona de duque, en castigo de sus culpas, y vi á la diosa de los blancos brazos, como la hubiera llamado el divino Homero. Preciso es confesar que Coucy no exageraba, como al principio creí, siendo maravilloso que una flor tan hermosa haya brotado en tan inmundo jardín. Sin embargo, no me dí por vencido, y como valiente caballero sostuve el honor de la dama de mis pensamientos. Coucy se mantuvo en lo dicho, y ya íbamos á pedir al rey que autorizase una justa para decidir el asunto, cuando convinimos en que nos sujetaríamos á la decisión de Pedro de Craón, juez del campo, muy experto en semejantes materias. Hace... hace... tres días... sí, tres días que fuimos á casa de la hermosa joven. ¡Oh! Craón es un excelente juez; en el dedo tenéis la prueba. ¿Qué os parece esta historia?

— Ya lo sabía, monseñor, dijo Valentina mirándole, como quien duda de lo que oye.

— ¿Pues quién os lo ha revelado? Coucy es demasiado galán para haceros semejante confianza.

— Nada me ha dicho.

— ¿Pues quién ha sido? preguntó Luis afectando la mayor indiferencia.

— Vuestro juez del campo.

— ¿Pedro de Craón? ¡Ah!...

Las cejas del duque se juntaron, y sus dientes rechinaron con violencia; pero al instante recobró su aire risueño.

— Comprendo, continuó. Pedro sabe que le considero como compañero y que posee mi confianza, y habrá querido merecer igualmente la vuestra. ¡Divino! ¿Pero no os parece que es demasiado tarde para hablar de cosas indiferentes? Acordaos que el rey nos aguarda mañana á comer, que habrá justa cuando nos levantemos de la mesa, y que yo sostendré con la punta de mi lanza que sois la más hermosa, y que allí no tendré por árbitro á Pedro de Craón.

Y dirigiéndose á la puerta, pasó en sus anillos la barra de madera cubierta de terciopelo delicado, destinada á cerrarla por dentro: Valentina le

siguió con los ojos. Cuando volvió á acercarse á ella se levantó, y echándole los brazos al cuello:

— ¡Oh, monseñor! le dijo: ¡muy culpable sois si me engaáis!